CULTURAS

ALVEAR ANGELOZ

LA TENTACION DE LA ANALOGIA

La "alvearización" en política tiene connotaciones negativas porque figura como antónimo de todo proyecto transformador. La definición, nacida en los años 30, posiblemente derive más de las circunstancias que rodearon a Marcelo Torcuato de Alvear que a su propia obra, pero en todo caso ha excedido los límites del partido que lo tuvo como líder ocasional.

La renovación del peronismo del último par de años también mereció el mote, divulgado por los oponentes de la ortodoxia, del mismo modo que hoy, dentro y fuera de la Unión

ALVEAR Y LOS OTROS/*POR DAVID VIÑAS*

Perón y don Marcelo

"El casamiento de Marcelo fue una bomba en Buenos Aires (...) ¡Qué horror! Los conspicuos huesos de los generales y próceres antepasados se estremecían en sus mausoleos por boca de la familia de este perdiz, que andaba gastando su fortuna atrás de una cómica, de una cantante...".

Félix Luna, Alvear

Las diferencias son notorias entre estos dos ex presidentes. Obvias, diría. Pero por ahora me interesan sus parecidos que podrían organizar, me parece, una hipótesis: los momentos más heterodoxos de estas dos figuras *conservadoras* se dan con motivo de sus casamientos: Alvear, como si por fin materializara una vieja obsesión de los grandes señores de 1880, se casa con una "prima donna" de origen europeo como la Regina Pacini; análogo es el posterior casamiento del coronel Perón con Eva Duarte, una mujer que proviene de la farándula. Y ambos acontecimientos provocan, previsiblemente, un saludable escándalo ya sea entre la elite liberal y sus señoras aterciopeladas, o en el Círculo Militar y las santas esposas de los coroneles de 1945.

Heterodoxias culminantes, creo, de dos políticos esencialmente ortodoxos. Momentos de ruptura, desafío y programa. Los primeros parecidos. Porque los segundos aluden —tanto en Alvear como en Perón— a las coyunturas históricas especialmente favorables en el orden económico: 1922-28 en el radical; 1946-52 en el militar. Circunstancias que tanto al uno como al otro le permiten llevar a cabo una considerable política distributiva: en dirección a la clase media bajo Alvear; apuntando a los nuevos sectores de la clase obrera con Perón. Tanto es así que si para los beneficiarios del 22 al 28 la Argentina del *momento Alvear* resultó una mítica edad de oro que aún se paladea, la etapa del primer gobierno de Perón no sólo fue mito sino soporte, catalizador y justificación de su llamado "carisma".

En tercer lugar, en las secuencias de *prohombres* del radicalismo, Alvear ocupa el tercer lugar: Alem, Yrigoyen, Alvear. Una fórmula que ya sonaba a rito o a conjuro, pero en cuyo interior Alvear operaba como el beneficiario de la acumulación anterior: del revolucionarismo romántico, puro y suicida que auroleaba a Alem; de la astucia organizadora y electoral de Yrigoyen; hasta llegar a Alvear, precisamente, quien se convierte en el nieto que despilfarra. Esta trilogía me remite, ineludiblemente, al modelo novelesco en tres frases que ejemplifica *Los Buddenbrooks*. En el que, también, puede inscribirse Perón si se lo analiza como a un "final de dinastía" militar: el inaugural Uriburu, tan desfasado en sus rictus como Alem en su andarivel; el maniobrero y oportuna, Justo Agustín Pé, que todavía necesita del fraude pero que ya apunta a ademanes populistas —inoportunos aún— en canchas de fútbol y en el hipódromo. Apariciones que, como se sabe, va a capitalizar Perón cuando sabe convertirse en el hombre puntual para el momento preciso. "El héroe que avanza por la fugaz fisura histórica".

El cuarto parecido de mi hipótesis entre Alvear y Perón apunta a sus estilos de exilio: el primero en París y el general en Madrid. Años en un lado y en otro. Y ambos casi convertidos en ciudadanos permanentes de su residencia marginal. Pero, sobre todo, el parentesco entre ambos reside, quizás, en el notorio desgano con que tuvieron que enfrentar el regreso cuando el juego político argentino y concreto les fue achicando el prolongado espacio cómodo y vacacional. (Conviene, en esta orden de cosas, confrontar ambas correspondencias.)

El quinto denominador común entre el nieto del vencedor de Ituzaingó y el egresado del Colegio Militar es correlativo a lo anterior: de cómo Alvear fue eliminando —luego de 1935 y de la posibilidad de volver a ser presidente con "todos los honores" en las elecciones de 1937— a toda el ala izquierda de su partido: a aquellos radicales *revolucionarios* que desde 1930 hasta la Concordancia se sentían expresión legítima de la soberanía popular. Pomar, Cattáneo y otros. Para qué abundar. Por cierto que muchos de ellos quedaron tendidos en Curuzú, en Monte, en Cañuelas y muy cerca de San Nicolás. Perón —"se sabe pero como que no se sabe"— se fue convirtiendo en el sistemático liquidador, mediado, por cierto, de todo el sector revolucionario del peronismo de base; fue el momento de su regreso, de su distanciamiento de Cámpora, de cuando eludía a los diputados más jóvenes en el instante, exacto, en que le devolvieron su título de teniente general de la Nación.

Y cierro: a partir de esas coincidencias aparentemente secundarias —y en función de otros parentescos y diacronías— el espacio del *centro* donde coinciden Alvear y Perón por uno de sus flancos, ¿no explicaría, eventualmente, el parecido cada vez más superpuesto de Alfonsín y Cafiero? ¿O de Menem y Angeloz el cordobés? O si se prefiere, ¿del *destino* que parece inexorable en la próxima opción de los argentinos? ¿Perón y Alvear en su "centrismo" no prefiguran, para 1989, ese revés/derecho de lo mismo llámese justicialismo o radicales? O como suelen decir los lingüistas: ¿dos *significantes* enmascarados de un solo "significado" real?



(Viene de tapa)

Cívica Radical, hay quienes se refieren a la candidatura de Eduardo Angeloz como símbolo de la alvearización de los tiempos por venir.

Es cierto que la tentación de hacer comparaciones tiene el efecto perverso de diluir las diferencias a tal grado que la historia aparece como una continua repetición de hechos idénticos. Desde ese punto de vista, las analogías simplistas y esquemáticas son recusables con idéntica facilidad.

Pero también debe aceptarse que la referencia histórica, aun para la comparación, permite distinguir el contexto sociocultural y la trayectoria verificable de sucesos que de otro modo sólo reconocerían como fuente única a la circunstancial voluntad de los hombres de poder.

En la política argentina, los sucesivos dictadores, blandos y duros, encaramados en el gobierno por obra y gracia de golpes de Estado, han tratado siempre de diluir las netas definiciones ideológicas de la sociedad, invocando un mítico e inexplicado "ser nacional" cuya representación ejercían in totum.

Al proponer, en esta edición, una relación histórica entre Alvear y Angeloz se busca, en realidad, la oportunidad de utilizar la historia como fuente de contraste para advertir la pluralidad posible del contexto nacional. Las respuestas que se publican son un primer paso en ese sentido.



UNA DIVA SIN LEYENDA

Por María Moreno

A los Alvear les gustaba raptar voces maravillosas. Mejor dicho, a sus dueñas. Hubo uno que era general y que, estando en Chuquisaca al mando del ejército patriota, escuchó a una monja que cantaba embrujando, como las sirenas que perdieron a Ulises. Dice Félix Luna que dice la tradición que el general la raptó. Marcelo Torcuato fue más discreto: le llevaría ocho años de asedio raptar a la prima donna Regina Pacini.

En 1880 hay un solo verbo: *fingir*. La literatura naturalista *fingía* la realidad. En el gabinete pesonal del perverso —la garçonniére— se convertía el sexo en un teatro atestado de pieles de oso, lencería negra y botitas de veintidós botones—. Los señoritos *fingían* acudir a la universidad aunque se la pasaran entre la Bolsa y el burdel. Los importados Genaros o Jesuses *fingían* ser hombres de mundo y clamaban entrar en el *Club del Progreso* para horror de los Miguel Cané o de los Eugenio Cambaceres. Las señoras, casadas por razones de linaje *fingían* devoción por sus maridos que, a menudo, les llevaban dos o tres décadas de edad y las prostitutas francesas, tan de última moda, ya se sabe que, según mitología masculina, *fingen* el placer en lugar de sentirlo. La inmigración y su puesta en escena ciudadana, la emancipación de la mujer, la libre elección amorosa, los ascensos sociales, van creando *mezclas* que exigen rápidas adaptaciones a medios hostiles. José Ingenieros filosofaría años más tarde sobre este Buenos Aires camaleónico en *La simulación en la lucha por la vida*. Si fingir es "hacer teatro" los autores del '80, a través de sus personajes femeninos, encontrarían una síntesis de la nueva mujer en la *prima donna*, la actriz, la cómica. La Norma de *La Bolsa* de Julián Martel, La Machi de *Sin rumbo*, todas hijas de *Naná*. La *prima donna* es una transacción entre la mujer artificial, la que *interpreta* la pasión mediante un abanico de técnicas adquiridas, y la mujer natural. ¿Acaso no se dice que artista *se nace?* Es también una transacción entre la burguesa y la *cocotte* ya que en ella la pasión fingida ha sido sublimada en el arte sin perder el halo de pecado que da la exhibición, el nomadismo y el asedio de los "gavilanes". La *prima donna* es también la extranjera que viene al país por *lo alto* del teatro y no por *lo bajo* de la inmigración.

Hombre de poder, Marcelo Torcuato de Alvear tendría la posibilidad de realizar, una década más tarde, los fantasmas eróticos de sus contemporáneos y darles status ante el juez.

La *prima donna* Regina había nacido en Lisboa en 1871. Hija de un barítono de buena familia, careció de la leyenda negra de las cómicas, siempre rodeadas de besamanos y de maridos con cuernos. Félix Luna la define como una "gran señora". El necesario mito de origen dice que, siendo niña, Regina vio durante una función de circo a un hombre que imitaba con un pito el canto de los pájaros. Cuando llegó a su casa lo imitó, a su vez, a la perfección. Anécdota coagulada como el tigre que Borges dibujó a los cuatro años, como Sarmiento yendo siempre al colegio. Cuando Regina cumplió dieciséis años se dio una función de *La sonámbula* en el Teatro Real de Lisboa.

Y otra anécdota de rigor, la *prima donna* se enfermó. Regina, que ya había estudiado con Matilde Marchessi y con Vilani, se ofreció a reemplazarla. Aplausos y rosas blancas. La Patti —considerada la prima *prima donna*— la llenó de besos. La reina Amelia le regaló una estola que tenía en el cuello. De ahí pegó la vuelta a Europa: La Scala de Milán, el Real de Madrid, el Liceo de Barcelona. Antes que Marcelo le hiciera cerrar la boca, se dio el lujo de cantar junto a Caruso y Tita Ruffo.

En 1898, según Félix Luna, o en 1899, según Lily Sosa de Newton (Diccionario biográfico de mujeres argentinas), Regina vino al Río de la Plata para trabajar en el *Solís* de Montevideo y en el *Politeama* de Buenos Aires. Marcelo la vería aquí y recibiría el flechazo. El dandy que solía hacer ochos en *lo de Hansen*, el pintón de Gran Casino, el señorito dado a la esgrima y a Don Hipólito Yrigoyen se las vería en camisa de once varas para conquistar a esta mujer nada fácil como una tonadillera o una prima liberal.

Tuvo que seguir a su amada a San Petersburgo y de ahí andar de palco en palco por todo el continente gastando en ramos y regalos carísimos que —según Luna— la *prima donna* devolvería con honestidad de prometida de Dios. Se dice que Marcelo, a cada aria de Regina se refugiaba a llorar en el antepalco, sonándose en silencio como un chico educado.

Se casaron en 1906 —según Félix Luna— o en 1907 —según Lily Sosa—. El le regaló una villa cerca de París —*Manoir Coeur Volant*— y Regina largó la lírica.

Las niñas porteñas lloraron de despecho. El gran partido perdido por una cómica. Raras ascendencias tanas mezcladas en esa purísima cepa española. Adiós a una seducción con guantes patito atrapable con una alianza de oro. Cuando la pareja volvió a Buenos Aires la sociedad hizo un vacío que casi hacía ruido. El general Roca se apresuró a organizar —nobleza obligaba— una velada de honor. Pero hubo otra velada en que Regina que, según dicen, usaba mucho escote y nada de manga, fue dejada de lado por las damas presentes.

Entonces Marcelo le dijo "no te preocupes Regina, que yo les he levantado la pollera a todas estas que están acá". Ofensa eficaz de patroncito, pero menudo consuelo.

Regina vivió su vocación de cantante sin que eso la hiciera perder su destino burgués. En 1927 fundó la *Casa del Teatro* subrayando su legitimidad de gran señora haciendo filantropía. El bautismo de la sala Regina es un agradecimiento. También ella, como toda *prima donna* es una transacción: fue "diferente" durante treinta años, después se sumó al redil de las perfectas casadas, no sin buenos dividendos (murió a los 94 años).

Marcelo fue aún menos transgresor al casarse con una *prima donna:* los amos no cometen transgresiones, amplían las leyes.

UN SIMBOLO DEL SISTEMA

Por Mario Wainfeld

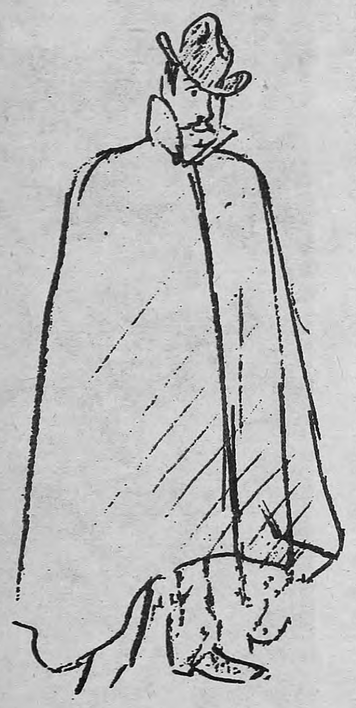
Una tradición (a mi ver la más bella y mejor) del pensamiento histórico argentino se empaca en utilizar el pasado para dilucidar el presente. Mucho de didáctico y nada hay de vicioso en ello si se advierte el carácter necesariamente simplificador de las comparaciones que viajan en el tiempo.

A la luz de ese método —que esta nota pretende continuar— Alvear resulta un personaje arquetípico. Fue coherente consigo mismo casi hasta la parodia. Yrigoyen era un hombre silencioso, huraño, reacio a la vida pública. Jamás salió de la Argentina. Alvear era un tipo mundano, dandy en el vestir, casado con una cantante famosa. No volvió a esta tierra para hacer campaña preelectoral. Fue elegido Presidente estando en "su" París. Yrigoyen era neutralista, defensor de los derechos de los países derrotados en la guerra. Alvear estimaba más los designios de las potencias dominantes. Yrigoyen llevó a los gabinetes de sus ministerios a la oscura e incipiente clase media argentina. Alvear prefirió rodearse de los "mejores" apellidos "bien". Eligió desandar senderos trazados por el caudillo de Balvanera: los avances en legislación social, la reforma universitaria, tuvieron un soberano parate. El radicalismo yrigoyenista era insurreccional y vehículo de acceso al poder para sectores plebeyos. Alvear volvió a llevar la política al Jockey Club.

Ciertamente nada es tan lineal. Yrigoyen tuvo que ver con la Semana Trágica, con la brutal represión a los obreros de la Patagonia. Su política nacionalista no alteró las estructuras socioeconómicas que lo precedían. Además, fue él quien eligió a Alvear como candidato y luego como sucesor. A su vez, Alvear no atacó frontalmente a Yrigoyen durante su gobierno, se negó a intervenir la provincia de Buenos Aires, bastión del caudillo y garantizó elecciones libres. Otro mérito "atípico" enriquece la imagen más esquemática de Alvear: nombró al general Mosconi como administrador de la entonces importante y hoy currada YPF. Pero olvidemos sutilezas: una memoria es engarce de recuerdos y olvidos. Para la memoria nacional-popular, Alvear es símbolo de la abdicación del radicalismo, de su pérdida de inserción social, de su sumisión a eso que (en tiempos no tan lejanos) se llamaba despectivamente "el sistema". Tan símbolo es, que el sustantivo supo hacerse verbo "alvearizarse", esto es, perder raíces, capacidad de lucha, aptitud transformadora. Alvear, Alvear, ¡qué chico sos!

El vicio de Alvear y de los "galeritas" bien trajeados que lo acompañaron, ciertamente no fue el empilchar bien. Que lo hicieran es una anécdota que facilita la pedagogía de la historia. Su real defecto se vincula a las luchas políticas y no a la sastrería. No son alvearistas sino quienes —traicionando a formaciones políticas críticas— articulan y se mimetizan con los poderes existentes.





Los peronistas siempre nos propusimos aprender del yrigoyenismo a quien nuestros maestros (Scalabrini, Jauretche, el ya olvidado —por él mismo— Ramos, hasta Ernesto Palacio) reconocían precursor de nuestro movimiento. Mil veces se dijo, dijimos, que el peronismo no debía seguir el triste sendero del radicalismo. Cierto es que muchas veces el tema se simplificó o distorsionó peligrosamente. Alvearizarse podía ser sinónimo de —apenas— aceptar la democracia política, olvidando que de ella (y sólo de ella) emergieron Yrigoyen y Perón.

Alvearizarse es algo distinto (más grave) que tener correctos modales o buena presencia. Muchos "maleducados" lo son con sus compañeros de clase, reservando la sumisión o la complicidad con los dueños del poder (Herminio Iglesias patoteaba peronistas y hacia tertulia con Plaza y Verplaetsen). Alvearizarse no es, como pretende un plebeyismo snob de clase media hablar difícil (como hacia Yrigoyen) o bien (como lo hacía en grado extremo Perón). Alvearizarse es riesgo cierto en el descafeinado mundo de hoy. Todos se alvearizan: los marxistas, los socialdemócratas, los "populismos" tercermundistas. La política argentina no es excepción. La parábola del alfonsinismo es menos amplia que la acaecida de Yrigoyen a Alvear, pero se le asemeja. El alfonsinismo no fue tan transgresor como el yrigoyenismo, pero se pretendió fundacional y crítico de los poderes existentes. Se reclamó continuador del yrigoyenismo y del peronismo. Muchos no les creímos pero una mayoría importante (y obviamente respetable) les tuvo fe. Erraron. Votaron por una fuerza progresista; les "salió" un partido hegemonizado por Angeloz, Sourrouille, Caputo y Terragno y capaz de adular al general Caridi. Los catones de la especulación económica, las FF.AA. y las patotas sindicales terminaron pateando con lo peor de cada sector. Sus garras que en el '83 podían no parecer muy filosas, lo eran marcadamente si se las compara con las que luce ahora.

El peronismo se leyó en el yrigoyenismo. El crepúsculo del alfonsinismo debería hacer reflexionar a la dirigencia renovadora a quien confusamente algunos tildan de alvearistas por sus virtudes (democracia interna, cierta presentabilidad) y no por su preocupante falta de vocación confrontativa. En un país cuyos poderes fácticos son numerosos, despiadados e intransigentes, hay un sensible riesgo de amoldarse a sus designios; es mucho más fácil ser Alvear que Yrigoyen.

Los radicales soñaron que Alfonsín era Perón, hoy se resignan a votar a Angeloz. Los peronistas deberíamos usar como espejo a nuestros antagonistas, especialmente a ese hombre que seguramente un 30 de octubre se sintió Yrigoyen, no llegó a serlo y un 6 de setiembre decidió elegir como sucesor a un Alvear.

ALVEAR Y LOS OTROS/*POR DAVID VIÑAS*

Entre la Semana Trágica y el 6 de setiembre

"Oí decir que estaban incendiando el barrio judío y hacia allí dirigí mis pasos. Caminé por las calles Junín, Uriburu y Azcuénaga, al principio sin hallar signos patentes de disturbio, salvo la presencia en puertas y esquinas de grupos de hombres, mujeres y niños expectantes. Fue al llegar a Viamonte a la altura de la Facultad de Medicina, que me tocó presenciar lo que podría denominarse el primer pogrom en la Argentina."

Juan Carulla, Al filo del medio siglo

Si inscribimos la presidencia de Alvear en el centro del período del *radicalismo clásico* (1916-1930) se puede proponer una lectura que articule, eventualmente, la polvareda de datos que proponen los Luna, los Etchepareborda y demás exégetas del oficialismo cultural: una linfa escurridiza, zigzagueante pero decisiva enhebra la Semana Trágica de enero del '19 con 1930: se trata de la amalgama ideológica, originada en *La France juive* de Edouard Drumont y difundida aquí por el primer nacionalismo aristocratizante y antiliberal (de orígenes liberales) que tuvo como voceros a *La Fronda* y *La Nueva República* entre otros. Que además de entremezclar, indiscriminadamente, a inmigrantes rusos con judíos y con la izquierda en general, fue el síntoma principal del "gran miedo" de los grupos tradicionales ante el cambio de origen popular. Pero por debajo de las señales más conocidas en los niveles políticos, hay otra crispación que se verifica en la literatura.

En primer lugar, la idea de la corrupción del idioma. Tópico que se viene arrastrando, por lo menos, desde el gran impacto inmigratorio de 1880, de *La Babel argentina y La Bolsa* (y de toda la novela argentina de aquellos años como antecedente de la ley de Residencia). Corrupción que si en la vertiente 1919 se comenta con apariencia de humor en los *Tres relatos porteños* de Arturo Cancela, hacia el momento 1930 se convierte en los fundamentos de la fundación de la Academia Argentina de Letras. Cuyo primer presidente, se sabe, en 1931, es el primo de Uriburu, el benemérito Carlos Ibarguren, y que, policial y certero, denuncia cómo "corruptela del sagrado idioma español" al lunfardo, al sainete de Vacarezza, a las novelas de Boedo y, en especial, a las de Roberto Arlt. Como 'asuntos de letrinas, burdeles, exotismos y peligros". Conviene verificar, en este orden de cosas, tanto el boletín de la Academia Argentina de Letras en el tomo correspondiente a 1931, como así también un fleco anterior (que se cita y recupera) aparecido en el volumen publicado por la Liga Patriótica Argentina con motivo del congreso general de territorios nacionales. Significativamente celebrado en Río Gallegos en febrero de 1927.

En segunda instancia: el tema de *la intrusa*; extranjera imprecisa, rubia e ineludiblemente muy seductora. Disfrazada, de acuerdo a la versión que se reitera entre 1919 y el año '30, de "institutriz". Desplazamiento, en tanto figura, de la *prima donna* repetida hasta la náusea hacia 1880. Pero que en 1925 (y que se hace paradigma en *Zogoibi* de Larreta), además de "feminizar", sagaz y mucho más devoradora, al típico *trepador* de Cambaceres o de Groussac, funciona como "pervertidora" de los niños/as de la casa, los "señoritos" tan puros e, incluso, del jefe de la familia que suele realizar raids más o menos clandestinos en las zonas brumosas de la "casona solariega".

En una tercera inflexión, el peligro que inquieta a los *gentlemen*, a sus mujeres —lectores ávidos del *Plus Ultra* de hojas satinadas como su piel— son los "viejos disfrazados". Parece un delirio. Pero subyace a lo largo de esa década. Brevemente: una suerte de Shylock al que se alude en el antisemitismo del Martel de 1890 y que reaparece sobre 1910 en *El solar de la raza* de Gálvez y después del final de la guerra en los folletines de Hugo Wast (ya se trate de *La casa de los cuervos* o de *Ciudad turbulenta, ciudad alegre*): es el viejo judío metido en su casa que —por ahí— tiene ecos en *El juguete rabioso* de Arlt, pero que reaparece triunfante, nítido, en la novela de Julio A. Costa titulada *El romance de un cadete*, de 1930. En ese libro los peligros llegados de afuera, la corrupción del castellano tan criollo, las acechanzas de la Buenos Aires asaineteada, babelizada, los judíos demonizados de Drumont, Maurras y la derecha martinfierrista se identifican, jubilosamente, en Hipólito Yrigoyen. Cito, página 108, edición Cabaut & Cía.: "Así era en general el hogar íntimo del Judío gobernado con un absolutismo sólo comparable al del Peludo, por quien el viejo Iván demostraba ferviente admiración, que era una modalidad de su índole fanática".

LAS TRAMPAS DEL ETERNO RETORNO

Por José Aricó

Si es verdad que el ángel de la historia vuela con el rostro y la mirada dirigidos hacia el pasado, no debería resultarnos extravagante que alguien, frente a las operaciones políticas en curso en el radicalismo, se pregunte si existe en acto o en potencia un proceso de "alvearización" de esa corriente popular. Estamos habituados a pensar con Benedetto Croce que por remotos que parezcan cronológicamente los hechos que en ella entran, la historia es y está siempre referida a las necesidades y a las situaciones presentes. Pero no siempre recordamos que de aceptar esta premisa deberíamos concluir del mismo modo que toda la historia del presente es de algún modo historia del pasado. Por lo demás, siempre está a flor de labios la expresión hegeliana sobre la repetición del acontecer humano.

Sin embargo, ningún impulso analógico debería arrastrarnos a dejar de lado consideraciones más cuidadosas y a ceder a ciertas visiones maniqueas tentadas de leer los procesos históricos sólo en términos del regreso a lo siempre igual a sí mismo y en los que una eterna víctima —ya sea la clase o el pueblo, para el caso da lo mismo— resulta siempre engañada. A estas analogías apresuradas pertenece el término de "alvearización", por lo que tiendo a considerar improcedente la comparación. De todos modos tal vez resulte de alguna utilidad inquirir por las motivaciones de su planteo, como un modo de revelar qué problema del presente allí se encierra.

Después de muchos años es muy probable que un presidente elegido democráticamente por los ciudadanos concluya su mandato y le suceda otro nuevo escogido del mismo modo. ¿Cómo analizar este evento tan inusual sin sentirse inclinado a compararlo con eventos similares pero que ocurrieron hace ya más de 60 años? Es verdad que la remisión a un ejemplo tan lejano habla de cierta idiosincrasia argentina proclive a quedar suspendida en el tiempo cuando considera los nuevos hechos. ¿Quién podría negar este vicio de pensamiento que caracteriza a nuestra cultura política? Pero no podemos desconocer que habla también de la miserable historia de la institucionalidad democrática en el país que apenas hoy, y después de medio siglo, nos enfrenta al complejísimo problema de una eventual alternancia de poder, que tendrá que ser resuelta de manera democrática y con plena competencia política.

La imagen de la alvearización —y digo imagen para no confundirla con una categoría política válida— nos remite a la caducidad o al cuestionamiento de un liderazgo tradicional y a la introducción de formas menos personalistas de instrumentación de la acción política. Y es innegable que en las circunstancias presentes, el liderazgo hasta hace un tiempo indiscutido del presidente Alfonsín se ha visto agrietado fuertemente no sólo por los adversos resultados electorales del 6 de setiembre, sino, y fundamentalmente, por el desconcierto y la incertidumbre con que el radicalismo, y en primer lugar Alfonsín, reaccionó frente a una inesperada derrota. Tal vez sean éstas las mejores ocasiones para saber hasta dónde los hombres políticos son merecedores de los atributos de los que se los carga. A fin de cuentas, ya en octubre de 1983 descubrimos que a las mayorías eternas se las lleva el viento y no deberíamos habernos sorprendido si también al radicalismo le tocaba en suerte perder en parte el favor de los ciudadanos. La confianza en la solidez de lo conquistado llevó a muchos a no advertir que la derrota peronista había abierto efectivamente una nueva época en el país y que ya nada podía ser lo mismo.



Difícil elección

Desvanecidos los sueños en eventuales reformas que prolongaran la permanencia de Alfonsín, el radicalismo debió escoger su sucesor entre los muy poco probables de que disponía, por lo que la figura de Angeloz aparece más como una imposición de las circunstancias que como una decisión sabiamente escogida. Pero si así está colocado el problema es lógico que muchos se pregunten por lo que habrá de continuar o interrumpirse con un nuevo liderazgo en ciernes, porque no otra cosa puede producirse cuando una suma de poder tan considerable —no importa que sea más simbólica que real— como la que otorga el presidencialismo argentino recae sobre quien no puede dejar de usufructuarla. El fetichismo de la política nos impide recordar que no son tanto las genialidades de los individuos como el poder mismo quien reviste de atributos insospechados a quien lo ejerce. Creo que fue La Rochefoucauld quien recordó que ni el sol ni la muerte pueden ser mirados al rostro.

Es posible pensar que en los próximos años el alfonsinismo, que nunca alcanzó a ser una corriente sino más bien un ideal reformador, acabe disipándose en el proceso mismo de conformación de nuevos liderazgos. ¿Y por qué deberíamos lamentarnos, y no en cambio alegrarnos, por este ejemplo concreto de laicización de los procesos políticos? Porque la caducidad de un liderazgo no anula lo que él representó sino que lo reviste de una forma distinta. Lo que se hizo y se dijo seguirá presente como un nuevo elemento de la realidad y todos, de un modo u otro, seremos tributarios de Alfonsín.

Pero creo que es esta preocupación la que conduce a preguntarse indebidamente por la "alvearización" del radicalismo. Quiéraselo o no, al introducir la imagen se trasladan las figuras actuales a los lugares ocupados por las antiguas, y si Angeloz, o los sectores que él representa, aportan consigo la eventualidad de un proceso así definido es porque se piensa que Alfonsín, su figura o su proyecto, es de algún modo identificable con el de Yrigoyen. Pero cuando se desmenuza un procedimiento analógico semejante, la sinrazón de la comparación salta a la vista porque bastan las más elementales consideraciones de época, temperamentos y situaciones concretas para demostrar hasta dónde las experiencias son disímiles. Los gobiernos radicales del pasado sólo tienen con el presente un elemento en común: el de haber defendido, aun en situaciones difíciles, el pleno imperio del estado de derecho preservando las libertades individuales. Este es su mérito y por esto el presidente Alfonsín debería ser siempre respetado por las generaciones futuras, dado que las presentes tienden peligrosamente a olvidarlo. Y si cediéramos a la tentación de buscar un ejemplo en el pasado, es precisamente a Alvear, y no a Yrigoyen, a quien deberíamos reconocerle la justicia con que los hombres de su tiempo lo calificaron de presidente legalista. Con más razón aun si recordamos que desde entonces y hasta 1983 —con la sola y fugaz excepción de Arturo Illia— no hubo un demócrata cabal en la presidencia de la República.

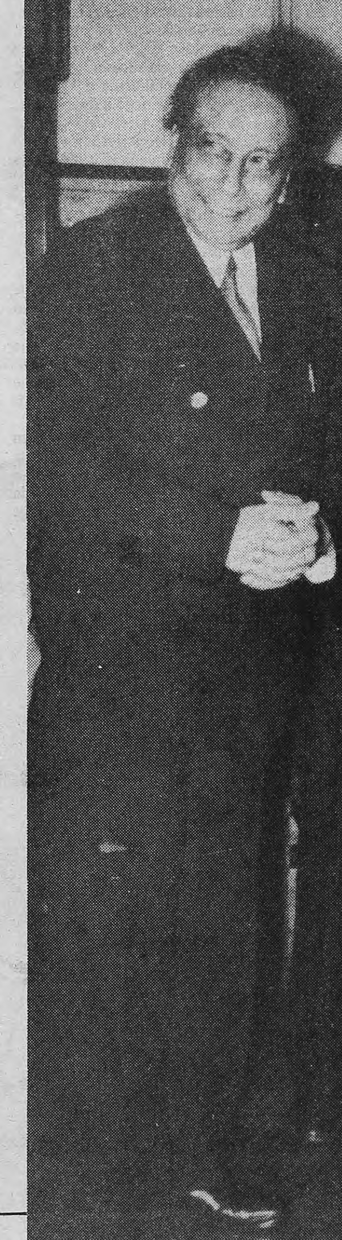
Estado y sociedad

No creo que sean estas consideraciones las que se toman en cuenta cuando se habla de la "alvearización" de la política, pero el hecho de que se las soslaye indica en cierto modo la arbitrariedad del término. En realidad, esta expresión adquirió su connotación negativa después de la muerte de Yrigoyen, cuando el recuerdo de su caudillismo paternalista fue revestido con los oropeles de un proyecto transformador, en verdad inexistente, y al que la mezquindad de una clase política encerrada en un estrecho juego partidario condujo a su frustración. La alvearización significaba de hecho la desvirtuación de un proyecto nacional, y conducía a suprimir del movimiento liderado por Yrigoyen toda capacidad erosionadora del régimen oligárquico. Tal es la razón por la que fue rechazada y combatida como una concesión a la partidocracia liberal la transformación del radicalismo en un partido político más del sistema. Un sistema que, aunque viciado profundamente por el autoritarismo y el fraude electoral como fue el de los '30, de algún modo daba cuenta de la profunda modificación de las relaciones entre Estado y sociedad por esos años en curso. Pero si el radicalismo era elevado a la condición de un movimiento que se identificaba con la nación misma, cualquier tipo de recomposición que lo convirtiera de un partido de notables en un moderno partido de masas debía ser repudiado. En mi opinión, y más allá de la anécdota política, era esta concepción organicista de la vida política la que conducía a descalificar con el mote negativo de "alvearización" todo cambio partidario que dejara atrás el personalismo.

Estos aromas ideológicos que impregnaron tan fuertemente la cultura de los '30 y que encontraron en el grupo de FORJA su mayor centro de difusión serán luego recompuestos y estructurados al amparo de la experiencia peronista. Y la leyenda de FORJA oficiará en la Argentina moderna de intocada tradición historiográfica, de una suerte de "ideología nacional" que oscurecía al mismo tiempo que iluminaba una realidad en metamorfosis. En el interior de ese marco ideológico la alvearización era sinónimo de pérdida de pureza, de degradación, y por eso fue utilizado con cierta frecuencia por un movimiento que, como el peronismo, se representó a sí mismo como la nación y como el pueblo entero. Todo cambio en su ideario impuesto por la complejidad de una sociedad que lo mostraba apenas como una parte y no el todo, aparecía idealmente como degradación, como pérdida de una pureza originaria, del mismo modo que en cierta iglesia marxista la tentativa de adecuar una teoría a los hechos mereció el calificativo, negativo por supuesto, de "revisionismo". Y en realidad, aunque se lo haya usado muchas veces antes, el mote de "alvearismo" aparece en los '80 como dirigido contra cualquier intento en el interior del peronismo de recomponer una ideología, una organización y un estilo de construcción política con la finalidad de integrarlo en el cuadro de las fuerzas democráticas argentinas. No está de más recordar que precisamente de alvearista fue tildada la operación política que permitió proyectar, con todas las dificultades del caso, el proceso de la renovación peronista.

Si como es para todos evidente, las grandes parcialidades políticas argentinas soportan complejísimos procesos de reconstitución de identidades, siempre será posible encontrar grupos, personas o corrientes prisioneras del pasado y dispuestas a motejar de "alvearismo" las tentativas de actualiza-

Bravo, Ruggieri y Repetto con Alvear.



LAS TRAMPAS DEL ETERNO RETORNO

Por José Aricó

Si es verdad que el ángel de la historia vuela con el rostro y la mirada dirigidos hacia el pasado, no debería resultarnos extravagante que alguien, frente a las operaciones políticas en curso en el radicalismo, se pregunte si existe en acto o en potencia un proceso de "alvearización" de esa corriente popular. Estamos habituados a pensar con Benedetto Croce que por remotos que parezcan cronológicamente los hechos que en ella entran, la historia es y está siempre referida a las necesidades y a las situaciones presentes. Pero no siempre recordamos que de aceptar esta premisa deberíamos concluir del mismo modo que toda la historia del presente es de algún modo historia del pasado. Por lo demás, siempre está a flor de labios la expresión hegeliana sobre la repetición del acontecer humano.

Sin embargo, ningún impulso analógico debería arrastrarnos a dejar de lado consideraciones más cuidadosas y a ceder a ciertas visiones maniqueas tentadas de leer los procesos históricos sólo en términos del regreso a lo siempre igual a sí mismo y en los que una eterna víctima —ya sea la clase o el pueblo, para el caso da lo mismo— resulta siempre engañada. A estas analogías apresuradas pertenece el término de "alvearización", por lo que tiendo a considerar improcedente la comparación. De todos modos tal vez resulte de alguna utilidad inquirir por las motivaciones de su planteo, como un modo de revelar qué problema del presente allí se encierra.

Después de muchos años es muy probable que un presidente elegido democráticamente por los ciudadanos concluya su mandato y le suceda otro nuevo escogido del mismo modo. ¿Cómo analizar este evento tan inusual sin sentirse inclinado a compararlo con eventos similares pero que ocurrieron hace ya más de 60 años? Es verdad que la remisión a un ejemplo tan lejano habla de cierta idiosincrasia argentina proclive a quedar suspendida en el tiempo cuando considera los nuevos hechos. ¿Quién podría negar este vicio de pensamiento que caracteriza a nuestra cultura política? Pero no podemos desconocer que habla también de la miserable historia de la institucionalidad democrática en el país que apenas hoy, y después de medio siglo, nos enfrenta al complejísimo problema de una eventual alternancia de poder, que tendrá que ser resuelta de manera democrática y con plena competencia política.

La imagen de la alvearización —y digo imagen para no confundirla con una categoría política válida— nos remite a la caducidad o al cuestionamiento de un liderazgo tradicional y a la introducción de formas menos personalistas de instrumentación de la acción política. Y es innegable que en las circunstancias presentes, el liderazgo hasta hace un tiempo indiscutido del presidente Alfonsín se ha visto agrietado fuertemente no sólo por los adversos resultados electorales del 6 de setiembre, sino, y fundamentalmente, por el desconcierto y la incertidumbre con que el radicalismo, y en primer lugar Alfonsín, reaccionó frente a una inesperada derrota. Tal vez sean éstas las mejores ocasiones para saber hasta dónde los hombres políticos son merecedores de los atributos de los que se los carga. A fin de cuentas, ya en octubre de 1983 descubrimos que a las mayorías eternas se las lleva el viento y no deberíamos habernos sorprendido si también al radicalismo le tocaba en suerte perder en parte el favor de los ciudadanos. La confianza en la solidez de lo conquistado llevó a muchos a no advertir que la derrota peronista había abierto efectivamente una nueva época en el país y que ya nada podía ser lo mismo.

Difícil elección



Desvanecidos los sueños en eventuales reformas que prolongaran la permanencia de Alfonsín, el radicalismo debió escoger su sucesor entre los muy poco probables de que disponía, por lo que la figura de Angeloz aparece más como una imposición de las circunstancias que como una decisión sabiamente escogida. Pero si así está colocado el problema es lógico que muchos se pregunten por lo que habrá de continuar o interrumpirse con un nuevo liderazgo en cierne, porque no otra cosa puede producirse cuando una suma de poder tan considerable —no importa que sea más simbólica que real— como la que otorga el presidencialismo argentino recae sobre quien no puede dejar de usufructuarla. El fetichismo de la política nos impide recordar que no son tanto las genialidades de los individuos como el poder mismo quien reviste de atributos insospechados a quien lo ejerce. Creo que fue La Rochefoucauld quien recordó que ni el sol ni la muerte pueden ser mirados al rostro.

Es posible pensar que en los próximos años el alfonsinismo, que nunca alcanzó a ser una corriente sino más bien un ideal reformador, acabe disipándose en el proceso mismo de conformación de nuevos liderazgos. ¿Y por qué deberíamos lamentarnos, y no en cambio alegrarnos, por este ejemplo concreto de laicización de los procesos políticos? Porque la caducidad de un liderazgo no anula lo que él representó sino que lo reviste de una forma distinta. Lo que se hizo y se dijo seguirá presente como un nuevo elemento de la realidad y todos, de un modo u otro, seremos tributarios de Alfonsín.

Pero creo que es esta preocupación la que conduce a preguntarse indebidamente por la "alvearización" del radicalismo. Quiéraselo o no, al introducir la imagen se trasladan las figuras actuales a los lugares ocupados por las antiguas, y si Angeloz, o los sectores que él representa, aportan consigo la eventualidad de un proceso así definido es porque se piensa que Alfonsín, su figura o su proyecto, es de algún modo identificable con el de Yrigoyen. Pero cuando se desmenuza un procedimiento analógico semejante, la sinrazón de la comparación salta a la vista porque bastan las más elementales consideraciones de época, temperamentos y situaciones concretas para demostrar hasta dónde las experiencias son disímiles. Los gobiernos radicales del pasado sólo tienen con el presente un elemento en común: el de haber defendido, aun en situaciones difíciles, el pleno imperio del estado de derecho preservando las libertades individuales. Este es su mérito y por esto el presidente Alfonsín debería ser siempre respetado por las generaciones futuras, dado que las presentes tienden peligrosamente a olvidarlo. Y si cediéramos a la tentación de buscar un ejemplo en el pasado, es precisamente a Alvear, y no a Yrigoyen, a quien deberíamos reconocerle la justicia con que los hombres de su tiempo lo calificaron de presidente legalista. Con más razón aun si recordamos que desde entonces y hasta 1983 —con la sola y fugaz excepción de Arturo Illia— no hubo un demócrata cabal en la presidencia de la República.

Estado y sociedad

No creo que sean estas consideraciones las que se toman en cuenta cuando se habla de la "alvearización" de la política, pero el hecho de que se las soslaye indica en cierto modo la arbitrariedad del término. En realidad, esta expresión adquirió su connotación negativa después de la muerte de Yrigoyen, cuando el recuerdo de su caudillismo paternalista fue revestido con los oropeles de un proyecto transformador, en verdad inexistente, y al que la mezquindad de una clase política encerrada en un estrecho juego partidario condujo a su frustración. La alvearización significaba de hecho la desvirtuación de un proyecto nacional, y conducía a suprimir del movimiento liderado por Yrigoyen toda capacidad erosionadora del régimen oligárquico. Tal es la razón por la que fue rechazada y combatida como una concesión a la partidocracia liberal la transformación del radicalismo en un partido político más del sistema. Un sistema que, aunque viciado profundamente por el autoritarismo y el fraude electoral como fue el de los '30, de algún modo daba cuenta de la profunda modificación de las relaciones entre Estado y sociedad por esos años en curso. Pero si el radicalismo era elevado a la condición de un movimiento que se identificaba con la nación misma, cualquier tipo de recomposición que lo convirtiera de un partido de notables en un moderno partido de masas debía ser repudiado. En mi opinión, y más allá de la anécdota política, era esta concepción organicista de la vida política la que conducía a descalificar con el mote negativo de "alvearización" todo cambio partidario que dejara atrás el personalismo.

Estos aromas ideológicos que impregnaron tan fuertemente la cultura de los '30 y que encontraron en el grupo de FORJA su mayor centro de difusión serán luego recompuestos y estructurados al amparo de la experiencia peronista. Y la leyenda de FORJA oficiará en la Argentina moderna de intocada tradición historiográfica, de una suerte de "ideología nacional" que oscurecía al mismo tiempo que iluminaba una realidad en metamorfosis. En el interior de ese marco ideológico la alvearización era sinónimo de pérdida de pureza, de degradación, y por eso fue utilizado con cierta frecuencia por un movimiento que, como el peronismo, se representó a sí mismo como la nación y como el pueblo entero. Todo cambio en su ideario impuesto por la complejidad de una sociedad que lo mostraba apenas como una parte y no el todo, aparecía idealmente como degradación, como pérdida de una pureza originaria, del mismo modo que en cierta iglesia marxista la tentativa de adecuar una teoría a los hechos mereció el calificativo, negativo por supuesto, de "revisionismo". Y en realidad, aunque se lo haya usado muchas veces antes, el mote de "alvearismo" aparece en los '80 como dirigido contra cualquier intento en el interior del peronismo de recomponer una ideología, una organización y un estilo de construcción política con la finalidad de integrarlo en el cuadro de las fuerzas democráticas argentinas. No está de más recordar que precisamente de alvearista fue tildada la operación política que permitió proyectar, con todas las dificultades del caso, el proceso de la renovación peronista.

Si como es para todos evidente, las grandes parcialidades políticas argentinas soportan complejísimos procesos de reconstitución de identidades, siempre será posible encontrar grupos, personas o corrientes prisioneras del pasado y dispuestas a motejar de "alvearismo" las tentativas de actualización. Lo vemos en el radicalismo, para dar un ejemplo, cuando un postulante a la candidatura presidencial hace del regreso a Yrigoyen su propuesta programática. Y no hablemos de la izquierda, proclive siempre a preservar de manera intocada a algún antecesor ilustre.

Desde este punto de vista la pregunta planteada por **Página/12** no tiene en realidad sentido y corre el riesgo de velar la preocupación, motivada por cierto, que pudo haberla originado. Porque lo que hoy cabría preguntarse, y esto indica la excepcionalidad de la situación y la endeblez de lo conquistado, es cómo podrá garantizarse la gobernabilidad de la democracia en una situación de crisis y de explosión de demandas si el sistema está corroído por un pluralismo conflictivo que las ambiciones reformadoras de Alfonsín no han podido descomponer.

Si lo que el país requiere para salir de su crisis es una efectiva política de reformas, ¿qué partido político, con qué programa y formas organizativas, está en condiciones de hacerse cargo de esta tarea histórica? A la sociedad argentina le ha faltado siempre una fuerza de gran empuje social, animada de una clara y precisa visión del Estado como para además de triunfar, transformarse en una efectiva fuerza de gobierno. El programa de Alfonsín postulaba al radicalismo como esa fuerza inexistente, pero si algo ha demostrado esta corriente política es su falta de audacia y capacidad reformadora. No es suficiente ser hoy el custodio de la Constitución; el país necesita de mucho más. Pero para abordar este problema es preciso dejar de lado imágenes del pasado que nos imposibilitan pensar un futuro.

Bravo, Ruggieri y Repetto con Alvear.





ALVEAR MURIO, EL ALVEARISMO NO

Por Oscar J. Sbarra Mitre

Le corresponde a un peronista opinar sobre el "alvearismo"? ¿Cuál es su derecho a inmiscuirse en un tema doméstico de otro partido?

El enigma, aparente, tiene respuesta —como todos los problemas insolubles—, a partir de cuestionar sus premisas. En efecto, la Unión Cívica Radical (volveremos sobre esta denominación) constituye un capítulo político lo suficientemente importante como para que sus cuestiones internas le pertenezcan en exclusividad. Pero, además, el "alvearismo" ¿puede reputarse como únicamente radical? Aquí está el nudo de la cuestión. Empecemos, entonces, de nuevo. También con un interrogante, pero esta vez desde el principio: ¿Qué es el "alvearismo"?

Bien, los inicios no suelen ser tan fáciles. Generalmente requieren algunas explicaciones previas. La historia —esa especie de eje de la bisagra psicológica que denominamos presente—, habitualmente las brinda. Ella, que esclarece el pasado y alumbra el porvenir, resulta siempre el comienzo del principio.

Todo país dependiente —y nadie duda que el nuestro lo es— expresa el enfrentamiento de dos proyectos; representa una suerte de campo de batalla permanente, para decirlo con más claridad. Debido a ello posee un par de versiones históricas (aunque tengamos conciencia de que la historia es como la madre; hay una sola), una la del pueblo que la protagoniza, y otra la del imperio que la escribe. Esta última es la que recibe el "preciado" calificativo de "oficial". Es que toda nación sometida enfrenta a su historia con una opción de hierro: o la construye o la soporta.

Dos ideologías se correlacionan con estas facetas. Sus objetivos no son sólo distintos sino contrapuestos: la dependencia que el coloniaje impone y la Liberación por la que el pueblo lucha. La primera bancada por los "amos" de afuera y los serviles amanuenses de adentro ("peor que el gringo que compra es el criollo que se vende", sentenciaba, sabiamente, don Arturo Jauretche); la otra sostenida en la resistencia popular, guiada por Conductores que, en determinadas etapas, pasan a la ofensiva. Ambas se alternan, siguiendo los avatares de la trayectoria temporal de las comunidades dominadas. Son los polos dialécticos de una contradicción congénita, cuya síntesis se logrará con el triunfo definitivo de una alternativa, y la destrucción consecuente de la otra.

Claro que las confrontaciones no son directas y francas; también se actúa por líneas interiores, en el propio campo "enemigo". Con las tres etapas con que cada proyecto eslabona su supremacía —toma del poder por la fuerza, estructuración de la política desde el poder, e institucionalización de dicha política—, se intenta obstaculizar el posible avance del otro. Este trípode de fases —coexistentes o sucesivas— fue cumplimentado por el liberalismo en el siglo pasado: Caseros (1852), generación del '80, Constitución de 1853 y las reformas de 1860, 1866 y 1898. En esa Carta Magna, que no era otra cosa que el programa político del partido liberal puesto por encima del de las demás agrupaciones, se tomaba el recaudo de impedir la reelección presidencial aceptada, incluso, en el "modelo" tomado por los convencionales de 1853: la Ley Fundamental de los Estados Unidos, porque de esa manera se quebraba la probable prolongación de cualquier propuesta popular. Lo que se podía permitir un país imperial (los Estados Unidos), resultaba peligroso en manos de una colonia con apariencia independiente.

Hipólito Yrigoyen debió, en virtud de tal norma, resignar su presidencia en manos de Marcelo Torcuato de Alvear, rancio representante de la oligarquía barnizada de "popular y democrática", bajo la protección de la sigla insospechable: UCR. El imperialismo actuaba desde el "campo nacional"; el lobo con la piel del cordero. En 1928 quedaría establecido que el "alvearismo" no llegaba a las suelas del "Peludo", pero sólo se necesitarían dos años para demostrar que al imperialismo le sobraban las cartas con las cuales rematar el juego. Aquel 6 de setiembre —el del mal recuerdo— que moldeó el "alvearismo" concordancista, cuando el país comenzó a navegar las aguas de la infamia, marcó, asimismo, la muerte del yrigoyenismo, y su desconexión histórica con las posteriores formas de la UCR. Los principios que defendiera el caudillo de Balvanera están mucho más vinculados con el peronismo que con cualquier otra etapa subsiguiente de la UCR. La sigla quedó como una marca de fábrica que ampara productos de inferior calidad. El radicalismo posyrigoyenista se fue "alvearizando", con altibajos, es cierto, pero sobre una tendencia creciente. Lentamente incrustó un código de valores que nada tenían que ver, ni con sus orígenes históricos ni con los anhelos populares. Aquel radicalismo que pretendía impulsar al país a entrar en la guerra interimperialista a favor de Inglaterra (la colonia que defiende a su imperio "protector"), contra la única resistencia de FORJA, es el mismo que hoy no quiere patear el tablero de la deuda ni hostilizar al usurpador británico más allá de las palabras huecas y las declaraciones vacías. Aquel "unionismo" del "aluvión zoológico" encuentra sus parientes entre quienes, en la actualidad, no vacilan en descargar el mote de "corporativista" para cualquier legítima protesta de los trabajadores sindicalmente organizados.

Es el mismo planteo, la doctrina similar, la ideología análoga, que tiende el puente a través de la historia, desde ese trágico año '30. Es el "alvearismo", que lleva a no asumir la condición de dependiente, a hablar de "país subdesarrollado" que quiere desarrollarse, antes que de "nación sometida" que lucha por liberarse. Como si la historia respondiera a suaves pautas evolutivas en lugar de profundos procesos dialécticos. Por eso es que el radicalismo de hoy no se alvcariza: porque ya está "alvearizado". En todo caso hoy se estará entrando en una fase de profundización, algo así como la "interna" del "alvearismo", perfectamente descripta —en cuanto a su resultado previsible— por la aparentemente inamovible fórmula presidencial para 1989.

No es extraño. Esa "interna" se abre ante cada victoria popular, como la del 6 de setiembre último —el del buen recuerdo—, es el temor ancestral al "aluvión zoológico".

Pero no es sólo la UCR. La "alvearización" ha invadido toda la política argentina. Y aquí volvemos al principio y cerramos el círculo. El "alvearismo" no resulta una enfermedad típica del radicalismo, es, más bien, un tumor del campo popular. Un gigantesco "gatopardismo" que permite la acción colonial tras el disfraz del aval masivo. Una clase de "sida político" que, incluso, destruye el aparato inmunológico de los movimientos nacionales. De él no estamos exentos, tampoco, los peronistas. Sólo nos protege aquella voluntad que el pueblo depositó en las urnas hace medio año, precisamente hoy. Una pequeña lucecita entre las sombras, con la que trataremos de alumbrar el camino hasta 1989. Mientras tanto, en medio de este "alvearismo" cotidiano, la mayor parte de los habitantes de este suelo está en peores condiciones que aquellos que no tienen nada que perder, porque ya no tienen nada que esperar. La resignación se fagocitó a la esperanza, y los argentinos sentimos que se nos está "alvearizando" el alma.

ción. Lo vemos en el radicalismo, para dar un ejemplo, cuando un postulante a la candidatura presidencial hace del regreso a Yrigoyen su propuesta programática. Y no hablemos de la izquierda, proclive siempre a preservar de manera intocada a algún antecesor ilustre.

Desde este punto de vista la pregunta planteada por **Página/12** no tiene en realidad sentido y corre el riesgo de velar la preocupación, motivada por cierto, que pudo haberla originado. Porque lo que hoy cabría preguntarse, y esto indica la excepcionalidad de la situación y la endeblez de lo conquistado, es cómo podrá garantizarse la gobernabilidad de la democracia en una situación de crisis y de explosión de demandas si el sistema está corroído por un pluralismo conflictivo que las ambiciones reformadoras de Alfonsín no han podido descomponer.

Si lo que el país requiere para salir de su crisis es una efectiva política de reformas, ¿qué partido político, con qué programa y formas organizativas, está en condiciones de hacerse cargo de esta tarea histórica? A la sociedad argentina le ha faltado siempre una fuerza de gran empuje social, animada de una clara y precisa visión del Estado como para además de triunfar, transformarse en una efectiva fuerza de gobierno. El programa de Alfonsín postulaba al radicalismo como esa fuerza inexistente, pero si algo ha demostrado esta corriente política es su falta de audacia y capacidad reformadora. No es suficiente ser hoy el custodio de la Constitución; el país necesita de mucho más. Pero para abordar este problema es preciso dejar de lado imágenes del pasado que nos imposibilitan pensar un futuro.

ALVEAR MURIO, EL ALVEARISMO NO

Por Oscar J. Sbarra Mitre

Le corresponde a un peronista opinar sobre el "alvearismo"? ¿Cuál es su derecho a inmiscuirse en un tema doméstico de otro partido?

El enigma, aparente, tiene respuesta —como todos los problemas insolubles—, a partir de cuestionar sus premisas. En efecto, la Unión Cívica Radical (volveremos sobre esta denominación) constituye un capítulo político lo suficientemente importante como para que sus cuestiones internas le pertenezcan en exclusividad. Pero, además, el "alvearismo" ¿puede reputarse como únicamente radical? Aquí está el nudo de la cuestión. Empecemos, entonces, de nuevo. También con un interrogante, pero esta vez desde el principio: ¿Qué es el "alvearismo"?

Bien, los inicios no suelen ser tan fáciles. Generalmente requieren algunas explicaciones previas. La historia —esa especie de eje de la bisagra psicológica que denominamos presente—, habitualmente las brinda. Ella, que esclarece el pasado y alumbra el porvenir, resulta siempre el comienzo del principio.

Todo país dependiente —y nadie duda que el nuestro lo es— expresa el enfrentamiento de dos proyectos; representa una suerte de campo de batalla permanente, para decirlo con más claridad. Debido a ello posee un par de versiones históricas (aunque tengamos conciencia de que la historia es como la madre; hay una sola), una la del pueblo que la protagoniza, y otra la del imperio que la escribe. Esta última es la que recibe el "preciado" calificativo de "oficial". Es que toda nación sometida enfrenta a su historia con una opción de hierro: o la construye o la soporta.

Dos ideologías se correlacionan con estas facetas. Sus objetivos no son sólo distintos sino contrapuestos: la dependencia que el coloniaje impone y la Liberación por la que el pueblo lucha. La primera bancada por los "amos" de afuera y los serviles amanuenses de adentro ("peor que el gringo que compra es el criollo que se vende", sentenciaba, sabiamente, don Arturo Jauretche); la otra sostenida en la resistencia popular, guiada por Conductores que, en determinadas etapas, pasan a la ofensiva. Ambas se alternan, siguiendo los avatares de la trayectoria temporal de las comunidades dominadas. Son los polos dialécticos de una contradicción congénita, cuya síntesis se logrará con el triunfo definitivo de una alternativa, y la destrucción consecuente de la otra.

Claro que las confrontaciones no son directas y francas; también se actúa por líneas interiores, en el propio campo "enemigo". Con las tres etapas con que cada proyecto eslabona su supremacía —toma del poder por la fuerza, estructuración de la política desde el poder, e institucionalización de dicha política—, se intenta obstaculizar el posible avance del otro. Este trípode de fases —coexistentes o sucesivas— fue cumplimentado por el liberalismo en el siglo pasado: Caseros (1852), generación del '80, Constitución de 1853 y las reformas de 1860, 1866 y 1898. En esa Carta Magna, que no era otra cosa que el programa político del partido liberal puesto por encima del de las demás agrupaciones, se tomaba el recaudo de impedir la reelección presidencial aceptada, incluso, en el "modelo" tomado por los convencionales de 1853: la Ley Fundamental de los Estados Unidos, porque de esa manera se quebraba la probable prolongación de cualquier propuesta popular. Lo que se podía permitir un país imperial (los Estados Unidos), resultaba peligroso en manos de una colonia con apariencia independiente.

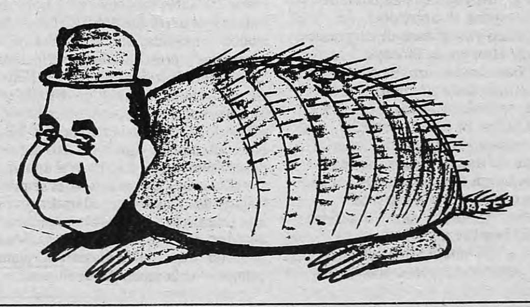
Hipólito Yrigoyen debió, en virtud de tal norma, resignar su presidencia en manos de Marcelo Torcuato de Alvear, rancio representante de la oligarquía barnizada de "popular y democrática", bajo la protección de la sigla insospechable: UCR. El imperialismo actuaba desde el "campo nacional"; el lobo con la piel del cordero. En 1928 quedaría establecido que el "alvearismo" no llegaba a las suelas del "Peludo", pero sólo se necesitarían dos años para demostrar que al imperialismo le sobraban las cartas con las cuales rematar el juego. Aquel 6 de setiembre —el del mal recuerdo— que moldeó el "alvearismo" concordancista, cuando el país comenzó a navegar las aguas de la infamia, marcó, asimismo, la muerte del yrigoyenismo, y su desconexión histórica con las posteriores formas de la UCR. Los principios que defendiera el caudillo de Balvanera están mucho más vinculados con el peronismo que con cualquier otra etapa subsiguiente de la UCR. La sigla quedó como una marca de fábrica que ampara productos de inferior calidad. El radicalismo posyrigoyenista se fue "alvearizando", con altibajos, es cierto, pero sobre una tendencia creciente. Lentamente incrustó un código de valores que nada tenían que ver, ni con sus orígenes históricos ni con los anhelos populares. Aquel radicalismo que pretendía impulsar al país a entrar en la guerra interimperialista a favor de Inglaterra (la colonia que defiende a su imperio "protector"), contra la única resistencia de FORJA, es el mismo que hoy no quiere patear el tablero de la deuda ni hostilizar al usurpador británico más allá de las palabras huecas y las declaraciones vacías. Aquel "unionismo" del "aluvión zoológico" encuentra sus parientes entre quienes, en la actualidad, no vacilan en descargar el mote de "corporativista" para cualquier legítima protesta de los trabajadores sindicalmente organizados.

Es el mismo planteo, la doctrina similar, la ideología análoga, que tiende el puente a través de la historia, desde ese trágico año '30. Es el "alvearismo", que lleva a no asumir la condición de dependiente, a hablar de "país subdesarrollado" que quiere desarrollarse, antes que de "nación sometida" que lucha por liberarse. Como si la historia respondiera a suaves pautas evolutivas en lugar de profundos procesos dialécticos. Por eso es que el radicalismo de hoy no se alveariza: porque ya está "alvearizado". En todo caso hoy se estará entrando en una fase de profundización, algo así como la "interna" del "alvearismo", perfectamente descripta —en cuanto a su resultado previsible— por la aparentemente inamovible fórmula presidencial para 1989.

No es extraño. Esa "interna" se abre ante cada victoria popular, como la del 6 de setiembre último —el del buen recuerdo—, es el temor ancestral al "aluvión zoológico".

Pero no es sólo la UCR. La "alvearización" ha invadido toda la política argentina. Y aquí volvemos al principio y cerramos el círculo. El "alvearismo" no resulta una enfermedad típica del radicalismo, es, más bien, un tumor del campo popular. Un gigantesco "gatopardismo" que permite la acción colonial tras el disfraz del aval masivo. Una clase de "sida político" que, incluso, destruye el aparato inmunológico de los movimientos nacionales. De él no estamos exentos, tampoco, los peronistas. Sólo nos protege aquella voluntad que el pueblo depositó en las urnas hace medio año, precisamente hoy. Una pequeña lucecita entre las sombras, con la que trataremos de alumbrar el camino hasta 1989. Mientras tanto, en medio de este "alvearismo" cotidiano, la mayor parte de los habitantes de este suelo está en peores condiciones que aquellos que no tienen nada que perder, porque ya no tienen nada que esperar. La resignación se fagocitó a la esperanza, y los argentinos sentimos que se nos está "alvearizando" el alma.





REALISMO O UTOPIA

Por Osvaldo Alvarez Guerrero

El ejercicio del poder no siempre derechiza. A veces produce los efectos contrarios, es decir, radicaliza posiciones.

Es cierto que la política, esto es: la disciplina para la adopción de decisiones que afectan a la sociedad o la actividad que consiste en influir sobre dichas decisiones, oscila siempre entre el realismo y la utopía. El realismo político suele ser concebido como un modo de adaptarse al statu quo. Es una actitud conservadora, si se interpreta la realista como una manera de someterse a las condiciones de posibilidad o imposibilidad de modificar la realidad. En cambio, la utopía representa una posición rebelde frente a ella. La propia concepción utópica está preponderantemente ligada a la firmeza de las convicciones que la sustentan. Quien no cree en ella, o se siente impotente para realizarla, la valora más como utopía que como posibilidad. Son, desde luego, conductas extremas. En el medio hay un infinito ámbito de gradaciones.

La llamada "alvearización" es un concepto que del radicalismo puede extenderse universalmente, porque representa un fenómeno que la experiencia histórica registra en el paso de los partidos no conservadores a la concreta actividad que abre el ejercicio del poder. Desde otro punto de vista, se trata de la permanente cuestión de los fines y los medios.

Es erróneo a mi juicio, sin embargo, configurar el gobierno de Alvear como un retroceso en los objetivos políticos que había planteado Yrigoyen en su primera presidencia. Prefiero atenerme a la interpretación que valora el periodo 1922-1928, durante el cual Alvear ejerció la presidencia, como una etapa de necesaria estabilidad para afianzar los cambios producidos en la sociedad argentina de aquella década. Asimismo, me parece más ajustado conceptuar la segunda presidencia de Yrigoyen como una radicalización de las posiciones asumidas por la UCR en función de la necesidad que tenían las corrientes populares de aquel tiempo de cambiar una política de reparación y regeneración de los primeros tiempos, por la inclusión de ímpetus más profundamente reformistas.

En 1983, el acceso del radicalismo al gobierno significaba aunar dos voluntades comunes del pueblo argentino (según lo definió Raúl Alfonsín al asumir la conducción del Comité Nacional): restablecer y afianzar la vigencia de las instituciones democráticas, como una forma de consolidar el poder popular y, al propio tiempo, producir los cambios estructurales en las realidades económicas y sociales distorsionadas e injustas de la Argentina actual. Creo que con las contradicciones propias de una indefectiblemente convulsionada etapa de transición, el gobierno radical va logrando la concreción de esas voluntades, aun más allá de las contingencias electorales. A partir de 1989, cualquiera sea la fuerza política que asuma el poder, deberán definirse con mayor precisión estas contradicciones y sus respuestas ideológicas tendrán una vigencia más profunda en el debate social. Pero existe un peligro: la deformación de ese debate que puede surgir de una cultura política globalmente influida por los medios de difusión que en estos tiempos, quizá como nunca en la historia argentina, tienen una capacidad de incidir sobre las actitudes cívicas de los argentinos y que se encuentran, como es notorio, en su mayor parte en manos de poderes refractarios al cambio. En definitiva, las victorias o derrotas de las posiciones transformadoras en la búsqueda de un modelo de sociedad más igualitaria, con proyectos de desarrollo autónomo y autosostenido, dependerán de la capacidad de defensa que puedan instrumentar las fuerzas políticas, profundizando la participación popular, para resistir los embates de la cultura de la nueva derecha liberal. Lo importante, ahora, es tomar conciencia de los andariveles en los que se desarrollará la lucha. Como dice Albert Camus: "La verdadera desesperanza no nace ante una obstinada adversidad ni el agotamiento de una lucha desigual. Proviene de que no se perciban más las razones para luchar, e incluso que no se sepa si hay que luchar".

ALVEAR Y LOS OTROS/*POR DAVID VIÑAS*

El primer Borges

"*Las calles de Buenos Aires*
ya son mi entraña.
No las ávidas calles,
incómodas de turba y de ajetreo,
sino las calles desganadas del barrio."

Fervor de Buenos Aires, *1923*

"*Y francamente, cuando entre estas profundas calmas veo en* El Hogar *la reproducción de un banquete literario con Capdevilla, Fernández Moreno y Cía., me pregunto con asombro cómo se puede vivir esa vida.*"

Horacio Quiroga a Martínez Estrada, 1926

Cinco coordenadas, por lo menos, cruzan transversalmente los textos iniciales de Borges que van desde *Fervor* del '23 al *Carriego* de 1930, y que se van entretejiendo entre su andadura y su escritura. Trato de ser ordenado: 1) El *barrialismo* que funciona como una suerte de sustrato común, casi ideológico, que condiciona, por igual, hasta el "despegue poético", los versos poemas o los cuentos de Alvaro Yunque en su preferencia por el barrio de Tierra de Fuego; la zona de Flores y aledaños en el caso de los *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía*, 1925 (como inédito espacio irónico de lectura); el Paseo de Julio y los vericuetos del Bajo en Raúl González Tuñón; la Boca y la isla Maciel en Blomberg y en el Gálvez de *Historia de arrabal*; la franja de la calle Lavalle y de Plaza Lavalle con Arlt, etcétera. La ciudad surgida después de la primera guerra mundial se había convertido en un itinerario interno tan desconocido como vertiginoso e inquietante.

2) Y el primer Aleph mitológico lo va a plantear Scalabrini Ortiz en el cruce barrial de Esmeralda y Corrientes con su *Hombre que está solo y espera*, al cierre del radicalismo clásico y en síntesis de otra serie que va desde *El Hombre* de Horacio Ohyanarte al *Hombre importante* de Gerchunoff; atravesando *El hombre de la plaza pública*, de Pedro E. Pico, *El hombre que perdió el sueño*, de Ilka Kuprin; *El hombre que camina y tropieza*, de Cancela; *El hombre que volvió a la vida*, de José León Pagano. Larga serie. Que se prolonga, entre muchos otros, en las numerosas figuras de Arlt: "El hombre que compró un Lacroze", "El hombre que busca conversación", "El hombre que vuelve de Ushuaia". Trayectoria parasociológica que intentaba aliar al barrialismo con una tipología urbana cuando aún no existía en la Argentina una perspectiva realmente sociológica que se hiciera cargo de esa dimensión.

3) Esa temática *barrialista* que se deja fascinar por los extremos de Buenos Aires y, a la vez, cuestiona el centro tradicional, tiene un exponente que lleva ese ademán a un nivel metafísico: Macedonio Fernández. Dado que su estilo elusivo, al escamotearse a la concreción positiva de horarios y lugares, sustrayendo, a la vez, su cuerpo y el *corpus* de sus escritos, transforma su faena en una suerte de literatura "analgésica": que no me encuentren, que no me agarren, que no me hagan doler, que no se ensañen ni conmigo ni con lo que escribo. Un gesto, en fin, de no dejarse *cojer* en su significación más densa e inquietante.

4) La otra coordenada que va surcando los primeros trabajos de Borges podría ponerse bajo el emblema de la *neobarbarie*: con tal de eludir el centro de Buenos Aires más tradicional, convencional e intolerable, opta por la "huida al campo". En Horacio Quiroga, y quizá como prolongación de una serie que, nuevamente, puede retrotraerse a 1880 y al primer gran impacto inmigratorio sobre la ciudad, esa decisión se materializa con su instalación en Misiones. Y se corrobora, en su correspondencia con Ezequiel Martínez Estrada: cuyo eje es, sin duda, el conjuro de *la ciudad enemiga*.

5) La última coordenada que marca al primer Borges aparece en el envés de su explícito conjuro del "centro urbano": en esa franja, entre otras cosas, la luz, la iluminación, se hacen intolerables. La voz textual no ve. Busca, entonces, *ver* en otra parte. Como si la enfermedad de Borges fuera una sutil, mediata refracción: no ser el Balzac o el narrador omnisciente de la ciudad consabida, que se ejercita en laboriosas y prescindibles descripciones. "No describir todo". Desde ya. Pero sí *ir viendo todo* en la ciudad inventada en el otro extremo, al filo, casi inverosímil, del suburbio. Desquitarse del modelo Jehová omnipotente del siglo XIX. No al positivismo, entonces. Pero sí a la visión metafísica que en los arrabales se puede ir fraguando. Hasta empardársela al *veedor* más intenso de la literatura argentina anterior: el Calíbar del *Facundo*. Mirón prepotente que, en la versión borgiana, irá a culminar en la memoria de Funes.



REALISMO O UTOPIA

Por Osvaldo Alvarez Guerrero

El ejercicio del poder no siempre derechiza. A veces produce los efectos contrarios, es decir, radicaliza posiciones.

Es cierto que la política, esto es: la disciplina para la adopción de decisiones que afectan a la sociedad o la actividad que consiste en influir sobre dichas decisiones, oscila siempre entre el realismo y la utopía. El realismo político suele ser concebido como un modo de adaptarse al statu quo. Es una actitud conservadora, si se interpreta la realista como una manera de someterse a las condiciones de posibilidad o imposibilidad de modificar la realidad. En cambio, la utopía representa una posición rebelde frente a ella. La propia concepción utópica está preponderantemente ligada a la firmeza de las convicciones que la sustentan. Quien no cree en ella, o se siente impotente para realizarla, la valora más como utopía que como posibilidad. Son, desde luego, conductas extremas. En el medio hay un infinito ámbito de gradaciones.

La llamada "alvearización" es un concepto que del radicalismo puede extenderse universalmente, porque representa un fenómeno que la experiencia histórica registra en el paso de los partidos no conservadores a la concreta actividad que abre el ejercicio del poder. Desde otro punto de vista, se trata de la permanente cuestión de los fines y los medios.

Es erróneo a mi juicio, sin embargo, configurar el gobierno de Alvear como un retroceso en los objetivos políticos que había planteado Yrigoyen en su primera presidencia. Prefiero atenerme a la interpretación que valora el período 1922-1928, durante el cual Alvear ejerció la presidencia, como una etapa de necesaria estabilidad para afianzar los cambios producidos en la sociedad argentina de aquella década. Asimismo, me parece más ajustado conceptuar la segunda presidencia de Yrigoyen como una radicalización de las posiciones asumidas por la UCR en función de la necesidad que tenían las corrientes populares de aquel tiempo de cambiar una política de reparación y regeneración de los primeros tiempos, por la inclusión de ímpetus más profundamente reformistas.

En 1983, el acceso del radicalismo al gobierno significaba aunar dos voluntades comunes del pueblo argentino (según lo definió Raúl Alfonsín al asumir la conducción del Comité Nacional): restablecer y afianzar la vigencia de las instituciones democráticas, como una forma de consolidar el poder popular y, al propio tiempo, producir los cambios estructurales en las realidades económicas y sociales distorsionadas e injustas de la Argentina actual. Creo que con las contradicciones propias de una indefectiblemente convulsionada etapa de transición, el gobierno radical va logrando la concreción de esas voluntades, aun más allá de las contingencias electorales. A partir de 1989, cualquiera sea la fuerza política que asuma el poder, deberán definirse con mayor precisión estas contradicciones y sus respuestas ideológicas tendrán una vigencia más profunda en el debate social. Pero existe un peligro: la deformación de ese debate que puede surgir de una cultura política globalmente influida por los medios de difusión que en estos tiempos, quizá como nunca en la historia argentina, tienen una capacidad de incidir sobre las actitudes cívicas de los argentinos y que se encuentran, como es notorio, en su mayor parte en manos de poderes refractarios al cambio. En definitiva, las victorias o derrotas de las posiciones transformadoras en la búsqueda de un modelo de sociedad más igualitaria, con proyectos de desarrollo autónomo y autosostenido, dependerán de la capacidad de defensa que puedan instrumentar las fuerzas políticas, profundizando la participación popular, para resistir los embates de la cultura de la nueva derecha liberal. Lo importante, ahora, es tomar conciencia de los andariveles en los que se desarrollará la lucha. Como dice Albert Camus: "La verdadera desesperanza no nace ante una obstinada adversidad ni el agotamiento de una lucha desigual. Proviene de que no se perciban más las razones para luchar, e incluso que no se sepa si hay que luchar".



ALVEAR Y LOS OTROS/*POR DAVID VIÑAS*

El primer Borges

"Las calles de Buenos Aires
ya son mi entraña.
No las ávidas calles,
incómodas de turba y de ajetreo,
sino las calles desganadas del barrio."

Fervor de Buenos Aires, *1923*

"Y francamente, cuando entre estas profundas calmas veo en El Hogar *la reproducción de un banquete literario con Capdevilla, Fernández Moreno y Cía., me pregunto con asombro cómo se puede vivir esa vida."*

Horacio Quiroga a Martínez Estrada, 1926

Cinco coordenadas, por lo menos, cruzan transversalmente los textos iniciales de Borges que van desde *Fervor* del '23 al *Carriego* de 1930, y que se van entretejiendo entre su andadura y su escritura. Trato de ser ordenado: 1) El *barrialismo* que funciona como una suerte de sustrato común, casi ideológico, que condiciona, por igual, hasta el "despegue poético", los versos poemas o los cuentos de Alvaro Yunque en su preferencia por el barrio de Tierra de Fuego; la zona de Flores y aledaños en el caso de los *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía*, 1925 (como inédito espacio irónico de lectura); el Paseo de Julio y los vericuetos del Bajo en Raúl González Tuñón; la Boca y la isla Maciel en Blomberg y en el Gálvez de *Historia de arrabal*; la franja de la calle Lavalle y de Plaza Lavalle con Arlt, etcétera. La ciudad surgida después de la primera guerra mundial se había convertido en un itinerario interno tan desconocido como vertiginoso e inquietante.

2) Y el primer Aleph mitológico lo va a plantear Scalabrini Ortiz en el cruce barrial de Esmeralda y Corrientes con su *Hombre que está solo y espera*, al cierre del radicalismo clásico y en síntesis de otra serie que va desde *El Hombre* de Horacio Ohyanarte al *Hombre importante* de Gerchunoff; atravesando *El hombre de la plaza pública*, de Pedro E. Pico, *El hombre que perdió el sueño*, de Ilka Kuprin; *El hombre que camina y tropieza*, de Cancela; *El hombre que volvió a la vida*, de José León Pagano. Larga serie. Que se prolonga, entre muchos otros, en las numerosas figuras de Arlt: "El hombre que compró un Lacroze", "El hombre que busca conversación", "El hombre que vuelve de Ushuaia". Trayectoria parasociológica que intentaba aliar al barrialismo con una tipología urbana cuando aún no existía en la Argentina una perspectiva realmente sociológica que se hiciera cargo de esa dimensión.

3) Esa temática *barrialista* que se deja fascinar por los extremos de Buenos Aires y, a la vez, cuestiona el centro tradicional, tiene un exponente que lleva ese ademán a un nivel metafísico: Macedonio Fernández. Dado que su estilo elusivo, al escamotearse a la concreción positiva de horarios y lugares, sustrayendo, a la vez, su cuerpo y el *corpus* de sus escritos, transforma su faena en una suerte de literatura "analgésica": que no me encuentren, que no me agarren, que no me hagan doler, que no se ensañen ni conmigo ni con lo que escribo. Un gesto, en fin, de no dejarse *cojer* en su significación más densa e inquietante.

4) La otra coordenada que va surcando los primeros trabajos de Borges podría ponerse bajo el emblema de la *neobarbarie*: con tal de eludir el centro de Buenos Aires más tradicional, convencional e intolerable, opta por la "huida al campo". En Horacio Quiroga, y quizá como prolongación de una serie que, nuevamente, puede retrotraerse a 1880 y al primer gran impacto inmigratorio sobre la ciudad, esa decisión se materializa con su instalación en Misiones. Y se corrobora, en su correspondencia con Ezequiel Martínez Estrada: cuyo eje es, sin duda, el conjuro de *la ciudad enemiga*.

5) La última coordenada que marca al primer Borges aparece en el envés de su explícito conjuro del "centro urbano": en esa franja, entre otras cosas, la luz, la iluminación, se hacen intolerables. La voz textual no ve. Busca, entonces, *ver* en otra parte. Como si la enfermedad de Borges fuera una sutil, mediata refracción: no ser el Balzac o el narrador omnisciente de la ciudad consabida, que se ejercita en laboriosas y prescindibles descripciones. "No describir todo". Desde ya. Pero sí *ir viendo todo* en la ciudad inventada en el otro extremo, al filo, casi inverosímil, del suburbio. Desquitarse del modelo Jehová omnipotente del siglo XIX. No al positivismo, entonces. Pero sí a la visión metafísica que en los arrabales se puede ir fraguando. Hasta empardársela al *veedor* más intenso de la literatura argentina anterior: el Calíbar del *Facundo*. Mirón prepotente que, en la versión borgiana, irá a culminar en la memoria de Funes.

ALVEARISMO O TRANSFORMACION

Por Pacho O'Donnell

No me detendré en estas escuetas líneas a historiar la vida de Alvear, ni a pasar revista de sus ideas o de sus acciones, ni tampoco a describir avatares de su conflictiva relación con don Hipólito. Me ocuparé en cambio de esclarecer y de definir —en la medida de mis posibilidades— aquello que se entiende por "alvearismo" o "alvearización" en su más difundida acepción.

Alem e Yrigoyen indujeron lúcidamente a analizar la realidad argentina como *el permanente conflicto entre el Régimen y la Causa*. Concepción ésta inconmoviblemente vigente aún en nuestros días, aunque los atributos o las evoluciones de uno y otro polo se manifiesten de acuerdo a los signos de cada época. ¿Qué es el Régimen? *El conjunto de intereses creados, notorios o disfrazados, que apuntan a profundizar y a perpetuar los privilegios del sector dominante. La Causa, en cambio, es la constante presión de los desplazados sectores mayoritarios para transformar un orden establecido que los perjudica.*

La especificidad de la Unión Cívica Radical es la de erigirise en *"la causa de los desposeídos"*. Es decir que su compromiso, vigoroso e intransigente, es con los anhelos de los sectores trabajadores, honestos y patrióticos. Es ello —ello debe ser— su sentido esencial en la escena política nacional, *con una posición "radical"*, como bautiza Alem en su indignación ante el contubernio Roca-Mitre que tiende a proteger el statu quo de entonces.

El yrigoyenismo, con su intransigencia, tendió a delimitar lo más claramente posible los campos entre Régimen y Causa, entre fraude y respeto a la voluntad popular, entre corrupción y ética, entre la usura y el trabajo, entre la entrega y el patriotismo. Pero el Régimen, como *ideología dominante* condicionadora y determinante de lo macro y de lo microsocial, de funcionamientos colectivos pero también de conductas individuales, termina inevitablemente infiltrándose dentro de los movimientos con potencialidad transformadora (es decir: con potencialidad de alteración del statu quo construido "a medida" del Régimen) y tiende a socavarlos, a corromperlos, a desviarlos.

Esto exige una severísima actitud de *alerta* en los militantes del campo nacional y popular y una permanente actualización y revisión doctrinaria, que permita la detección de dichos fenómenos no sólo en el ámbito sociopolítico donde se actúa, sino también, y muy importante, una intensa vigilancia sobre las *propias* reacciones. Existe, por ejemplo, una forma de proponer la "modernización" que responde a los intereses del Régimen, y otra que es adecuada para favorecer los anhelos de las grandes mayorías. Lo mismo puede afirmarse en relación a las "privatizaciones". (Mi paso por la actividad estatal me convenció de que la "coreografía" de auto con chofer, privilegios de funcionario, cenas en embajadas, notoriedad, etc., son mecanismos de seducción y de estupidización, muy exitosos en "achanchar" ímpetus transformadores...)

Más allá o más acá de sus innegables virtudes, ésa fue la gruesa significación de Alvear en la historia del radicalismo. *Representó la integración de la UCR en el sistema político del Régimen, la aceptación y consiguiente convalidación de sus reglas de juego.*

A cambio de su posibilidad de crecer y desarrollarse numérica y estructuralmente vio "limados" sus atributos cuestionadores, indigestos para el orden constituido. Vendió su alma al diablo a cambio de respetabilidad... Esta alternativa entre *integración y transformación*, disimulada tantas veces en encubridoras discusiones sobre tácticas y estrategias, o sobre inmediateces o postergaciones no sólo atraviesa la trayectoria del radicalismo sino que es también vertebradora de nuestra historia colectiva. Baste con recordar aquella afirmación del apasionado Moreno: "Con moderación y benevolencia nada se logra", enrostrada al prudente y concesivo Saavedra. (Y después, como otra constante vernácula, vino el agua y tanto fuego se apagó. Sospechosamente...)

Somos muchos los radicales, cada vez más, que estamos convencidos de que nuestro partido debe retomar *su vocación transformadora*, cueste lo que cueste, o se hundirá en la noche de la complacencia mediocre y traidora. Es decir: de la "alvearización", *que nos deparará, sin dudas, otros 6 de setiembre...*

ALVEAR Y LOS OTROS/*POR DAVID VIÑAS*

Locura porteña

"...un loco popular, muy conocido por el apodo de Tartabul. Tenía cubierta la cabeza con un gran bonete de papel de diario, de forma piramidal, y recitaba, con forzado entusiasmo, un discurso de Avellaneda."

Julián Martel, La Bolsa, *1890*

Si el itinerario de la locura en la literatura se inaugura en la década de 1880-90 y funciona como corolario del impacto inmigratorio, culmina —al enhebrarse con los inmigrantes— en las novelas de Roberto Arlt. Desde la perspectiva institucional, lombrosiana, el proceso exhibe dos movimientos internos: patologización y criminalización; de ahí que en sus comienzos los textos más categóricos en este sentido sean *Los hombres de presa* de Luis María Drago, de 1888, y *Vida de los ladrones célebres y sus maneras de robar*, 1887, del comisario de investigaciones José S. Alvarez (alias Fray Mocho), en su mejor estilo mezcla de populismo y de lo policial. Podría agregarse al inesperado Alejandro Korn con su tesis *Locura y crimen* de 1883, o al Benigno Lugones de *Los beduinos urbanos* (1879).

La serie se prolonga. Pero además de poner en la superficie el gran miedo de la elite tradicional y de sus voceros, puede ser leída, insisto, como antecedente de la "ley de expulsión de extranjeros indeseables" conocida como Ley de Residencia. Coherentemente, su sostenedor en el Senado del 1900 fue Miguel Cané: las preocupaciones por la "corrupción" de la ciudad y la *peligrosidad* de esos "otros que la invadían", condicionó en el autor de la deliciosa y equívoca *Juvenilia* la ley 4144 y la fundación de la facultad de filosofía y letras: actos complementarios destinados a conjurar el virus lingüístico mediante enérgicas expulsiones o a través de la azucarada enseñanza del griego y del latín. Vueltas de la pedagogía argentina. Que va a rebotar, treinta años después, en la fundación de la pulquérrima academia argentina de letras. Otro rizo en la peluca señorial.

Y Roberto. Arlt. Impregnado, ineludiblemente, de esa ideología del poder que seduce (o intimida). Porque los *locos* de 1880 corroboraban el espacio narrativo de *La Bolsa* o de *Quilito:* como el oro de entonces: bajaba/subía. Y los inmigrantes que llegaban, convertidos en aventureros jadeantes "en razón de su raza", se trocaban en trepadores. Todos. Llegaban arriba, tras tropezar con las alfombras pero, a veces, lograban casarse con las "niñas deseadas". Incluso, los más astutos desplazaban a los *liones* de la heráldica. Las niñas les hacían señas. Y terminaban dándoles su mano. Bien. Pero los que fracasaban en las alturas, sin remedio, "caían en la cima". Esto es, en el manicomio: allí operaban como protagonistas de *Irresponsable* que venía a contestar el dilema de *¿Inocentes o culpables?* Textos y títulos corridos como un cuerpo prolongado.

Y en ese espacio de ascenso/caída sitúa Arlt a sus locos. Sus siete delirios posibles. Un bestiario o antropología que lo fascina. Y en la que la extranjería (explícita o escamoteada) resulta definitoria. Delirio de recién llegados que suben o se caen. Que sueñan o se hunden. Que imaginariamente se casan con señoritas del barrio norte entrevistas en los balcones del privilegio. O que se quedan pegados al sexo, pringoso de la Bizca. Contrahecha como la Renga y prima hermana de Clara Beter, la puta traducida de César Tiempo, lectora de su propio cuerpo encerrado que se opone, definitivamente, al supuesto cuerpo libre del Segundo Sombra de Güiraldes. En el mismo 1926 del Astier de Roberto Arlt.

¿En qué medida, entonces, la locura de *Los siete locos* puede ser leída como el conjuro mediato del fracaso de la inmigración? Subir/bajar. Hacerse el loco o convertirse en radical. El hundimiento o la burocracia; el manicomio o el comité: presumo que ése era el dilema, que vibraba, hacia 1930, en el centro de las tensiones de Arlt.

ALVEARISMO O TRANSFORMACION

Por Pacho O'Donnell

No me detendré en estas escuetas líneas a historiar la vida de Alvear, ni a pasar revista de sus ideas o de sus acciones, ni tampoco a describir avatares de su conflictiva relación con don Hipólito. Me ocuparé en cambio de esclarecer y de definir —en la medida de mis posibilidades— aquello que se entiende por "alvearismo" o "alvearización" en su más difundida acepción.

Alem e Yrigoyen indujeron lúcidamente a analizar la realidad argentina como *el permanente conflicto entre el Régimen y la Causa*. Concepción ésta inconmoviblemente vigente aún en nuestros días, aunque los atributos o las evoluciones de uno y otro polo se manifiesten de acuerdo a los signos de cada época. ¿Qué es el Régimen? *El conjunto de intereses creados, notorios o disfrazados, que apuntan a profundizar y a perpetuar los privilegios del sector dominante. La Causa, en cambio, es la constante presión de los desplazados sectores mayoritarios para transformar un orden establecido que los perjudica.*

La especificidad de la Unión Cívica Radical es la de erigirise en *"la causa de los desposeídos"*. Es decir que su compromiso, vigoroso e intransigente, es con los anhelos de los sectores trabajadores, honestos y patrióticos. Es ello —ello debe ser— su sentido esencial en la escena política nacional, *con una posición "radical"*, como bautiza Alem en su indignación ante el contubernio Roca-Mitre que tiende a proteger el statu quo de entonces.

El yrigoyenismo, con su intransigencia, tendió a delimitar lo más claramente posible los campos entre Régimen y Causa, entre fraude y respeto a la voluntad popular, entre corrupción y ética, entre la usura y el trabajo, entre la entrega y el patriotismo. Pero el Régimen, como *ideología dominante* condicionadora y determinante de lo macro y de lo microsocial, de funcionamientos colectivos pero también de conductas individuales, termina inevitablemente infiltrándose dentro de los movimientos con potencialidad transformadora (es decir: con potencialidad de alteración del statu quo construido "a medida" del Régimen) y tiende a socavarlos, a corromperlos, a desviarlos.

Esto exige una severísima actitud de *alerta* en los militantes del campo nacional y popular y una permanente actualización y revisión doctrinaria, que permita la detección de dichos fenómenos no sólo en el ámbito sociopolítico donde se actúa, sino también, y muy importante, una intensa vigilancia sobre las *propias* reacciones. Existe, por ejemplo, una forma de proponer la "modernización" que responde a los intereses del Régimen, y otra que es adecuada para favorecer los anhelos de las grandes mayorías. Lo mismo puede afirmarse en relación a las "privatizaciones". (Mi paso por la actividad estatal me convenció de que la "coreografía" de auto con chofer, privilegios de funcionario, cenas en embajadas, notoriedad, etc., son mecanismos de seducción y de estupidización, muy exitosos en "achanchar" ímpetus transformadores...)

Más allá o más acá de sus innegables virtudes, ésa fue la gruesa significación de Alvear en la historia del radicalismo. *Representó la integración de la UCR en el sistema político del Régimen, la aceptación y consiguiente convalidación de sus reglas de juego.*

A cambio de su posibilidad de crecer y desarrollarse numérica y estructuralmente vio "limados" sus atributos cuestionadores, indigestos para el orden constituido. Vendió su alma al diablo a cambio de respetabilidad... Esta alternativa entre *integración y transformación*, disimulada tantas veces en encubridoras discusiones sobre tácticas y estrategias, o sobre inmediateces o postergaciones no sólo atraviesa la trayectoria del radicalismo sino que es también vertebradora de nuestra historia colectiva. Baste con recordar aquella afirmación del apasionado Moreno: "Con moderación y benevolencia nada se logra", enrostrada al prudente y concesivo Saavedra. (Y después, como otra constante vernácula, vino el agua y tanto fuego se apagó. Sospechosamente...)

Somos muchos los radicales, cada vez más, que estamos convencidos de que nuestro partido debe retomar *su vocación transformadora*, cueste lo que cueste, o se hundirá en la noche de la complacencia mediocre y traidora. Es decir: de la "alvearización", *que nos deparará, sin dudas, otros 6 de setiembre...*



ALVEAR Y LOS OTROS/*POR DAVID VIÑAS*

Locura porteña

"...un loco popular, muy conocido por el apodo de Tartabul. Tenía cubierta la cabeza con un gran bonete de papel de diario, de forma piramidal, y recitaba, con forzado entusiasmo, un discurso de Avellaneda."

Julián Martel, La Bolsa, *1890*

Si el itinerario de la locura en la literatura se inaugura en la década de 1880-90 y funciona como corolario del impacto inmigratorio, culmina —al enhebrarse con los inmigrantes— en las novelas de Roberto Arlt. Desde la perspectiva institucional, lombrosiana, el proceso exhibe dos movimientos internos: patologización y criminalización; de ahí que en sus comienzos los textos más categóricos en este sentido sean *Los hombres de presa* de Luis María Drago, de 1888, y *Vida de los ladrones célebres y sus maneras de robar*, 1887, del comisario de investigaciones José S. Alvarez (alias Fray Mocho), en su mejor estilo mezcla de populismo y de lo policial. Podría agregarse al inesperado Alejandro Korn con su tesis *Locura y crimen* de 1883, o al Benigno Lugones de *Los beduinos urbanos* (1879).

La serie se prolonga. Pero además de poner en la superficie el gran miedo de la elite tradicional y de sus voceros, puede ser leída, insisto, como antecedente de la "ley de expulsión de extranjeros indeseables" conocida como Ley de Residencia. Coherentemente, su sostenedor en el Senado del 1900 fue Miguel Cané: las preocupaciones por la "corrupción" de la ciudad y la *peligrosidad* de esos "otros que la invadían", condicionó en el autor de la deliciosa y equívoca *Juvenilia* la ley 4144 y la fundación de la facultad de filosofía y letras: actos complementarios destinados a conjurar el virus lingüístico mediante enérgicas expulsiones o a través de la azucarada enseñanza del griego y del latín. Vueltas de la pedagogía argentina. Que va a rebotar, treinta años después, en la fundación de la pulquérrima academia argentina de letras. Otro rizo en la peluca señorial.

Y Roberto. Arlt. Impregnado, ineludiblemente, de esa ideología del poder que seduce (o intimida). Porque los *locos* de 1880 corroboraban el espacio narrativo de *La Bolsa* o de *Quilito:* como el oro de entonces: bajaba/subía. Y los inmigrantes que llegaban, convertidos en aventureros jadeantes "en razón de su raza", se trocaban en trepadores. Todos. Llegaban arriba, tras tropezar con las alfombras pero, a veces, lograban casarse con las "niñas deseadas". Incluso, los más astutos desplazaban a los *leones* de la heráldica. Las niñas les hacían señas. Y terminaban dándoles su mano. Bien. Pero los que fracasaban en las alturas, sin remedio, "caían en la cima". Esto es, en el manicomio: allí operaban como protagonistas de *Irresponsable* que venía a contestar el dilema de *¿Inocentes o culpables?* Textos y títulos corridos como un cuerpo prolongado.

Y en ese espacio de ascenso/caída sitúa Arlt a sus locos. Sus siete delirios posibles. Un bestiario o antropología que lo fascina. Y en la que la extranjería (explícita o escamoteada) resulta definitoria. Delirio de recién llegados que suben o se caen. Que sueñan o se hunden. Que imaginariamente se casan con señoritas del barrio norte entrevistas en los balcones del privilegio. O que se quedan pegados al sexo, pringoso de la Bizca. Contrahecha como la Renga y prima hermana de Clara Beter, la puta traducida de César Tiempo, lectora de su propio cuerpo encerrado que se opone, definitivamente, al supuesto cuerpo libre del Segundo Sombra de Güiraldes. En el mismo 1926 del Astier de Roberto Arlt.

¿En qué medida, entonces, la locura de *Los siete locos* puede ser leída como el conjuro mediato del fracaso de la inmigración? Subir/bajar. Hacerse el loco o convertirse en radical. El hundimiento o la burocracia; el manicomio o el comité: presumo que ése era el dilema, que vibraba, hacia 1930, en el centro de las tensiones de Arlt.

ALVEAR

Por Félix Luna

Alvear interrumpió la obra de Yrigoyen. No tanto la obra material como la concepción que había propuesto el caudillo con un sentido de transformación nacional. Mirando un poco en profundidad, era fácil advertir que el gobierno de Yrigoyen significaba un arranque para un cambio total de la realidad argentina. Las enormes dificultades con que tropezara Yrigoyen en su primer gobierno —oposición del Congreso, carencia de instrumentos para transferir al pueblo la defensa de sus propias conquistas, insuficiencia del equipo gobernante— sólo le habían permitido plantear las grandes cuestiones y dejarlas en expectativa hasta que tiempos más propicios permitieran desarrollarlas a fondo. Así, Yrigoyen había establecido una posición en materia internacional que significaba la autonomía americana; una política universitaria que posibilitaba la creación de una cultura al servicio del pueblo; una política agraria que debía desembocar en la radical modificación del régimen feudal de nuestra tierra; una política de servicios públicos que conducía a la emancipación de nuestra economía de los grandes poderes que la manejaban desde lejos; una política social que abría la perspectiva de un nuevo ordenamiento basado en la cooperación de todas las clases bajo la vigilancia atenta del Estado.

Quedaban como un embrión todos estos inicios. Alvear debió ser quien los continuara, aprovechando la prosperidad de la época y el definitivo predominio político del radicalismo que, a su vez, estaba cobrando una conciencia cada vez más clara de su papel como agente transformador del país. Pero Alvear dejó que se agotaran estas semillas que el sembrador había echado a voleo sobre el país. Prefirió un gobierno cómodo, burgués, sin sobresaltos. Y así ocurrió que cuando Yrigoyen, después de 1928, quiso retomar la gran línea de la transformación encontró que todo era más difícil.

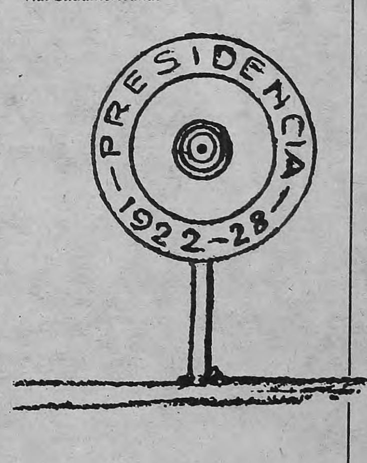
De lo que se sigue que, precisamente, el pecado del gobierno de Alvear fue el haber sido solamente correcto. Parece como si hubiera tenido miedo de seguir por los caminos que dejaba marcados su predecesor. En realidad, su origen familiar, su formación liberal, su experiencia europea, su temperamento cómodo, su horror por las tareas pesadas, lo inducían a olvidarse del mensaje que le dejaba Yrigoyen. Eso, y el círculo que lo rodeaba, ferozmente antiyrigoyenista. En su gestión gubernativa se advierte el gran defecto personal de Alvear: la carencia de profundidad para ver las cosas. Advirtió en el gobierno de Yrigoyen sólo lo formal, lo superficial: le horrorizó que su antecesor no concurriera al Congreso a leer el mensaje anual, que los ministros no contestaran oralmente las interpelaciones, que se intervinieran provincias por motivos políticos. Vio los pequeños errores, las minúsculas transgresiones, pero no alcanzó a percibir las grandes perspectivas que se abrían debajo de las rarezas y tanteos de su antecesor.

Desde un punto de vista estrictamente legal, fríamente legal, el gobierno de Yrigoyen fue criticable. Decretó intervenciones pasando sobre la autoridad del Congreso, dispuso gastos por mero acuerdo de ministros. Pero esas intervenciones se enderezaban a restablecer la soberanía popular arrebatada por las oligarquías locales, esos gastos estaban afirmando las bases de la independencia económica (como el caso de la compra del *Bahía Blanca* o la iniciación del ferrocarril de Huaytiquina). Frente a la tenaz oposición de sus adversarios, frente a la miopía burocrática de los indiferentes, Yrigoyen estaba haciendo historia. En cambio, el gobierno de Alvear se ajustó estrictamente a las normas legales y reglamentarias. Pero no hizo nada que continuara o desarrollara las grandes líneas de la emancipación nacional. Se contentó con ser legalista, como si la erección de un estado de derecho fuera el desiderátum de su gobierno; como si no fuera necesario tocar nada de lo establecido. Como si el orden vigente en el país estuviera sustentado sobre bases de justicia y no fuera el resultado de largos años de explotación y falacia.

Pecó por omisión. Por no hacer. Aunque también hubo hechos concretos que significaban posiciones opuestas a las adoptadas por Yrigoyen. Así ocurrió, por ejemplo, con la política internacional. Alvear insistió varias veces ante el Congreso para que la Argentina retornara a la Liga de las Naciones; y en la VI Conferencia Panamericana, realizada en La Habana, dejó en descubierto al delegado Pueyrrredón, que quería plantear una posición definida frente a la guerra aduanera y a la intromisión político-militar de Estados Unidos en los países americanos. Permitió la derogación de la ley de jubilaciones de empleados y obreros de empresas particulares, avanzado instrumento de previsión que hubiera adelantado en muchos años el régimen de amparo de los trabajadores. Aunque YPF no fue molestada en su desarrollo, Alvear no hizo nada para lograr la nacionalización del petróleo, que sufrió durante su presidencia una accidentada peripecia. La ley de represión de los "trusts" quedó prácticamente anulada por no reglamentarse su aplicación. La Reforma Universitaria fue saboteada enviando el Poder Ejecutivo intervenciones antirreformistas a las universidades de La Plata y el Litoral, y sancionándose estatutos que la retaceaban en la de Buenos Aires. Algunas obras públicas que tenían importancia dentro de una línea de liberación nacional quedaron paralizadas. Tal el ferrocarril de Hauytiquina, la vía férrea de Patagones a Nahuel Huapí, las de Puerto Madryn a Esquel y Jacobacci. Lo mismo ocurrió con la restitución al Estado de tierra fiscal indebidamente poseída por intrusos. En materia institucional, Alvear rectificó las concepciones yrigoyeneanas, afirmando su carácter de gobierno "de orden común" y modificando el sentido de su política en lo referente a intervenciones federales.

Fue un retroceso en esa voluntad de emancipación que encarnaba el radicalismo. Si Alvear hubiera provenido de otro partido, su gestión merecería aplauso. Siendo, como era, radical (y de los viejos) es necesario concluir que no interpretó los antiguos anhelos populares por una Argentina transformada sobre bases de justicia. Porque la presidencia de Alvear puede mensurarse en cifras de exportación o índices de crecimiento, pero el gobierno de Yrigoyen debe medirse por la dimensión de sus sueños.

Este fragmento pertenece al libro Alvear, *de Félix Luna, que será reeditado por Editorial Sudamericana.*



Fotografías de G. Bourquin del Archivo del Museo de la Ciudad y de *El Congreso que yo he visto*, por Ramón Columba